

Regidor y Presidente del Ayuntamiento, comunicó al Prefecto del Centro, D. José María Icaza, lo ocurrido, y éste hizo otro tanto con el Gobernador del Departamento, quien en respuesta dispuso que el Prefecto fuese quien presidiera las funciones del Teatro de Nuevo México en el resto de la temporada. Esto pasaba el 12 de Febrero; el 13, D. Luis G. Cuevas representó enérgica y dignamente, á nombre del Ayuntamiento, ante D. Nicolás Bravo, Presidente sustituto; pero éste, por medio de su Ministro Bocanegra, sostuvo lo dispuesto por el Comandante General. El Ayuntamiento ofició el día 18, que puesto que esa orden atacaba las prerrogativas municipales, la Corporación no podía dignamente continuar en el ejercicio de sus funciones, y, por lo tanto, sus Regidores se retiraban á sus casas.

El Gobierno ordenó á Cuevas que reuniese inmediatamente á los Regidores, so pena de una multa de 200 pesos diarios á cada uno, sin perjuicio de lo demás á que diesen lugar por su desobediencia. Cuevas contestó que habiendo sido despojado por el Gobierno de sus funciones, ningún derecho creía tener para convocar á sus compañeros: éstos, congregados en la casa de su Presidente, respondieron que no saldrían de ella sino cuando el Gobierno los hiciese sacar por la fuerza de las armas, y el conflicto continuó sin que nada consiguieran remediar las excitativas del Presidente sustituto, del Ministro Bocanegra y del Gobernador Luis G. Vieyra. El día 22 de Febrero el Gobierno llevaba impuestas á cada Regidor cuatro multas de á 200 pesos: "doscientos pesos diarios, exclamaba un escritor de aquella época, excelente y económico sistema penal." La Corporación siguió firme en su negativa, y á mantenerla en ella cooperó la Marquesa de Vivanco, madre política de Cuevas, poniendo á su disposición quince mil pesos y cuanto más fuese necesario para llevar adelante la resistencia. Así continuaron las cosas hasta el día 7 de Marzo, en cuya fecha Santa-Anna, de regreso en México, destituyó al Gobernador Vieyra, repuso en sus derechos á los Regidores y despachó á Perote á los oficiales autores del escándalo en el teatro de Nuevo México, después de haber probado que todo había sido obra del Gral. Valencia, que se disgustó por no haber conseguido á ningún precio un palco para el beneficio celeberrimo.

El Teatro de los Gallos ó las Moras, en que trabajaba una malísima Compañía, cuyas principales actrices vestían en la calle el provocativo traje de *china poblana*, enaguilla de castor con lentejuelas de oro, camisa bordada con sedas de colores, piernas sin medias y pie calzado con zapato bajo de seda de color, dedicó en 20 de Marzo al Ayuntamiento una función en que puso en escena la pastorela *Por la virtud y el candor se logra gracia y honor*. No creo deber hablar de la susodicha compañía, pues aunque parece que alguna de las citadas actrices llegó á tener alguna nombradía, parece también que esa nombra-

día era originada más que por su talento artístico, por la pasión de los adoradores y admiradores de sus lindos palmitos. De preferencia representaban *pastorelas* y *coloquios*, porque en los trajes de zagalas y pastoras podían lucir mejor sus encantos personales; pero de vez en cuando acometían con los dramas más románticos, que, según un cronista, eran *cosa de echar á correr*. En ese teatro y en el de Nuevo México, dió, durante la Cuaresma, algunas funciones una Compañía dramática infantil cuyos actores no contaban más de diez á trece años de edad: las obras que preferían eran *El Campanero de San Pablo*, *Lucrecia Borgia*, *et sic de ceteris*.

Para no cansar á mis lectores, hago punto omiso de los trabajos de las Compañías del Principal y de Nuevo México, formadas casi sin variación, por los mismos actores tantas veces nombrados, y sirviendo al público un variado repertorio de comedias y dramas ya indicado, con todas aquellas novedades que llegaban de Madrid.

Para encontrar algo digno de simple mención, hay que saltar al mes de Junio, época del cumpleaños de Santa-Anna, á quien constantemente se celebró con funciones especiales, siempre que ejercía el poder. En el Principal se le obsequió el 13 con la comedia *Un vaso de agua*, un dúo de *Los Normandos en París*, y un himno, composición de D. Eusebio Delgado, dúo é himno que cantaron la Picco y Spontini. Nuevo México dió su función de obsequio el 14, con el drama *La Hija de Cromwell*, desempeñado por la Cañete y Mata, Barrera, Ruiz, Méndez y el nuevo actor Douval: bailaron las hermanas Pavía, de las que pronto hablaremos algo, y se representó *La Ponchada* por la Peluffo y la Cañete, y Mata, Armenta, Barrera, Méndez, Douval, Castañeda y Servín, que introdujeron en esa dicha pieza su respectivo himno en elogio de Santa-Anna.

## CAPITULO VII

1843—1844

En 22 de Junio de 1843 la fábrica del Gran Teatro de Santa-Anna iba ya bastante adelantada para merecer, como en efecto mereció, que un distinguido viajero procedente de Europa, la elogiase en un artículo que dió á la prensa, y entre otras cosas decía: "A juzgar por la simple vista, la forma del salón resulta de un semicírculo y de dos curvas de un radio mayor: por la poca convergencia de éstas, y de consiguiente por la ancha embocadura, se infiere que el arquitecto

ha resuelto el problema de que las líneas de los bastidores puedan ser tangentes á las curvas que terminan en el proscenio, principio seguido en los célebres teatros de la Scala de Milán y de San Carlos de Nápoles, que son justamente admirados por esta razón. Una de las cosas que más prueban el estudio con que están dispuestas y proyectadas las partes de este gran edificio, es la combinación del proscenio, que, sin suprimir los palcos, se ha conseguido separar de la sala de un modo elegante, y sin que de ninguna manera pueda confundirse el gran cuadro escénico con el ocupado por el auditorio. El todo de la embocadura debe causar un efecto magnífico . . .”

Mientras llega el tiempo que nos dé oportunidad para juzgar de la exactitud del pronóstico, demos aún una vuelta por los viejos coliseos existentes entonces. El Principal no ofreció más novedad que la primera presentación del joven D. José Lucio Gutiérrez, hecha en los últimos días de Mayo con *El Trovador*. Gutiérrez pertenecía á una honorable familia mexicana, y venciendo dificultades, derribando y hollando las preocupaciones sociales, anunció su salida al teatro, obteniendo en ella un éxito completo, pues el público le acogió y aplaudió con frenesí, muy justificado á lo que parece. “Gutiérrez, dice un papel de la época, ha seguido la escuela adoptada por el Sr. Pineda, escuela que, cuando no es llevada á la exageración, produce en la escena el más completo éxito: posturas marciales y caballerescas; pronunciación clara, enérgica y castiza; gesto expresivo; raptos verdaderamente teatrales, despejo y desembarazo en la acción.” Compartieron su triunfo la joven actriz, también mexicana, Mariquita Santa Cruz, en el papel de *Leonor*, y la Dubreville en el de *Azu-cena*.

En Nuevo México las novedades fueron de gran bulto y produjeron sensación hondísima, como que se trataba de bailarinas, y bailarinas bonitas: fueron ellas las Sritas. Merced y Francisca Pavía, presentadas el domingo 11 de Junio; acompañábanlas D. Francisco y D. Luis del mismo apellido, y una hermanita de seis años, de nombre Pilar, que era también una notabilidad en el arte. Todos ellos eran españoles y venían de Barcelona. El jefe de esta familia abrió en la casa núm. 12 de la calle de Zuleta una academia de baile, en la que enseñaba, según anunció “rigodones ó cuadrillas, galop, mazurca de sala, danzas del país, escocesa, gavotín, vals de Strauss, cosaca, greca, papurí, lanceros, boleros, fandango, cachucha, zapateado de Cádiz, jaleo de Jerez, gavota, jota aragonesa y baile inglés.”

La adquisición de esta pequeña Compañía de baile, parece que de bastante mérito, pronunció más y más las rivalidades entre las dos empresas y compañías cómico-dramáticas del Principal y de Nuevo México, que denostándose venían con los apodos de *Santa Paula* y

de *Belchite*, aplicados á sus respectivos coliseos, por alusión aquél al viejo panteón de ese nombre, con cuyos nichos eran comparados los sombríos palcos, y por referencia el otro al humilde pueblecillo de la provincia de Zaragoza, inmortalizado por el insigne Bretón de los Herreros, en algunas de sus comedias. A esos apodos y combates y competencias de los dos teatros, aludía así el inimitable *Fidel* en una crónica rimada:

“¡Qué función! ¡Qué variedades!  
¡Qué grita! ¡Qué disputar  
de *Santa Paula* y *Belchite*!  
¡Qué gresca tan singular!  
Los *güelfos* y *gibelinos*  
se miraron faz á faz,  
no obstante que no están quietos  
dos gatos en un costal.”

Esas luchas solían descender aun al terreno de la política, disputándose ambas empresas el favor y el aprecio del *Napoleón americano*, D. Antonio López de Santa-Anna.

Con motivo de los días de éste, y según indiqué al final del capítulo precedente, la Empresa del Principal le obsequió con una función en la cual se cantó por la Sra. Picco y el Sr. Spontini, un himno compuesto por Delgado: en la siguiente noche, Nuevo México le ofreció á su vez una función en cuyo programa le adulaba así: “Nada más grato sin duda para el Excelentísimo Señor Presidente Provisional, al obsequiarle en sus días, que dedicarle una función, que á la vez tiene por objeto celebrar el juramento de una Constitución, obra de sus esfuerzos, y con la que ha dado feliz término á la *gloriosa regeneración* que emprendiera hace dos años.”

De bien distinta manera que esos cómicos opina la imparcial Historia, pero no los censuraremos por su injustificado voto de aplauso, que como otros tantos que se tributan á los gobiernos en el apogeo de su poder, no tenía el pecaminoso fin de engañar á la posteridad, sino sólo y simplemente el de obtener una contante y sonante subvención. Esta debilidad, tan natural en quienes viven por y para el negocio, no desmiente en un ápice el mérito de aquellos artistas, congregados en más que buenas compañías. Las quisiéramos para nuestros decaidísimos tiempos actuales, y el modestísimo Nuevo México debe causarnos envidia con sus entonces distinguidos Mata, Armenta, Barrera, Méndez, Douval y Castañeda, y sus famosas Peluffo y Cañete.

Por no hacernos cansados, no enumeramos también, puesto que ya hemos hablado de ellos, á los artistas distinguidísimos que en el

Principal trabajaban, y que en 23 de Junio reforzaron su Compañía, ya buena y numerosa, con la Sra. D<sup>a</sup> Manuela Francesconi, que hizo su presentación con la comedia en cinco actos *El Hipócrita*, y su segunda con *El Amante prestado*. Una hermosa figura, voz clara é inflexiones sonoras, acento sumamente castizo y prosódico, posturas teatrales y acción despejada, fueron las dotes artísticas que se admiraron desde luego en la Sra. Francesconi. "El público, dice un cronista, se retiró verdaderamente contento y satisfecho, y hasta los entusiastas de *Belchite* confesaron el mérito de la nueva actriz." No tuvo igual fortuna Nuevo México con la reaparición de la actriz mexicana D<sup>a</sup> Guadalupe Munguía, que, después de algunos años de ausencia de la escena, volvió á presentarse el mismo domingo 23 de Julio en el papel de Clotilde del drama de Gil y Zárate, *Cecilia ó la Ciegucecita*: según un cronista, desagradaron en ella "los resabios de una escuela antigua, y sobre todo el tono declamatorio que se acostumbraba usar en la representación de la tragedia clásica; el temor que tenía de desagradar, sofocaba algún tanto su voz, haciéndola aparecer débil y opaca." La Munguía dió aún algunas representaciones, y al fin se retiró nuevamente á su hogar.

Al llegar la Cuaresma de ese año de 1843, la Compañía de Opera habíase disuelto, marchado para Europa, entre otros, la Castellán y su marido Giampietro, salido algunos de sus artistas para el Interior, y quedándose en la Capital la Picco, Spontini y algunos más.

También habían dejado de honrar con su talento nuestra escena desde hacía mucho, los hermanos Martínez, y después de ellos el muy distinguido Pineda.

El antiguo Provisional ó de las Moras, había recobrado su denominación de los Gallos, y campo venía siendo de las gracias de los actores á quienes ya aludí, y del cocorismo de un público de la clase del también ya descrito al hablar del estreno y representaciones del famoso de *La Unión* ó del Puente Quebrado. A mediados del año lo ocupó una empresa de Circo Olímpico, que gozó de alguna boga, dando el espectáculo de "una gran lucha de un oso de la Martinica con un hombre" y con la exhibición del *Niño prodigioso*, infeliz criatura que era presentada en una cajita de catorce pulgadas de largo y diez de ancho, puesta sobre dos sillas, de la cual, con gran sorpresa de los conmovidos espectadores, salía, en un momento dado, "á ejecutar—decía el programa—toda clase de contorsiones corpóreas, á imitación de los *Raveles*."

El 15 de Agosto, y en el Teatro Principal, la Cordero, la Francesconi, la Dubreville, la Pautret y la Moctezuma, y Castro, Salgado, Castañeda, Valletto y Mancera, pusieron en escena, y estrenaron el drama nuevo intitulado *Emilia*, original del mexicano D. Ramón Navarrete y Landa.

De esta obra dijo *Fidel* en una de sus amenas crónicas: "El drama interesó sobremanera, y hay frases y situaciones que descubren profundo conocimiento del corazón, vasta lectura y un excelente gusto dramático; el lenguaje es correcto, nervioso y castizo: esta producción es de un mexicano, y no he podido dejar de ver con entusiasmo y orgullo las excelentes dotes dramáticas que en ella descubre el autor."

Lo más notable de todo ello, y lo que acredita cuán enconosa y reñida era la lucha entre *Santa Paula* y *Belchite*, fué que ese mismo drama se representó y estrenó en Nuevo México dos días después que en el Principal, desempeñado en ese segundo estreno por las Sras. Peluffo, Cañete, Munguía, Gil, Uguer y López, y los Sres. Mata, Armenta, Hermosilla, Barrera, Castañeda, Douval, Ojeda y Guelvenzu.

¡Felices tiempos aquellos, en que la rivalidad de las compañías se traducía en honrar y disputarse á los autores mexicanos!

Precisamente en esos días, mediados de Agosto de 1843, la Academia de San Carlos, llamada á decidir sobre el mérito de los proyectos presentados para la erección de una columna monumental en la Plaza de Armas, en honor de la Independencia, acordó el primer premio al Ingeniero D. Enrique Griffon y el *accésit* á D. Lorenzo Hidalgo, y por un accidente comunísimo en toda clase de construcciones arquitectónicas, y más en las de la importancia de un gran teatro, en la tarde del día 18 del referido Agosto, una imprevisión de albañiles y carpinteros hizo que en el que se levantaba en la calle de Vergara se derrumbase un corto lienzo de pared vieja que daba al callejón de Betlemitas, causando dos muertos y cinco heridos; por último, por decreto del 23, siempre del mismo mes, el Gral. Santa-Anna, llamado con su Ministerio á decidir en la discordia que se suscitó entre los autores de los proyectos de monumento á la Independencia, dió su aprobación definitiva al de Hidalgo, contra lo dictaminado por la Academia, si bien por una atención á ésta dispuso que el premio de \$300 ofrecido, se adjudicase á D. Enrique Griffon.

No se infiere á primera vista la relación que entre sí guardan los puntos contenidos en el anterior párrafo, y vamos á decirlo. Entre los opositores al concurso ó certamen relativo á la columna conmemorativa de la Independencia nacional, figuró D. Vicente Casarín, Arquitecto recibido en las Academias de París y de México, y tan poco afortunado, que sus proyectos para el Mercado, el Teatro y la Columna, no merecieron llamar la atención de los jurados calificadoros; lo contrario exactamente de lo que aconteció con los de Hidalgo. La enemistad del oficio se sublevó en Casarín con estos golpes, y en cuanto á su noticia llegó el derrumbe á que hice referencia, dirigió al Gobierno, al Ayuntamiento y al público una alarmadora ex-

posición, fechada siete días después de expedido el decreto favorable á Hidalgo, diciendo que, según sus cálculos, el teatro en construcción debía derrumbarse indefectiblemente sobre los espectadores que osasen ocuparle, y eso no más ó menos tarde sino en el momento mismo de su estreno. A la vez, y desentendiéndose humildemente de su propio proyecto de columna, defendió el de Griffon y atacó á Hidalgo.

No se le habló á ningún sordo. Hidalgo contestó á Casarín al día siguiente de publicada su alarma, negando el fundamento de ella, y pidió se nombrara una comisión de peritos que examinase la obra y rindiese dictamen. El 3 y el 11 de Setiembre, Casarín replicó y atacó con energía, perdiendo los estribos en el corcel de su rencor, pues como Hidalgo le hubiese invitado á examinar y estudiar los planos del Teatro, Casarín respondió: "Los planos que me ofrece para su examen me son absolutamente inútiles, por la sencilla razón de que los dibujos no son parte inherente de la obra." "Además, añadía, omitiré términos técnicos, cálculos pormenorizados y expresiones algebraicas," cuando de todo ello se necesitaba para una discusión que no podía menos de establecerse sobre una base estrictamente científica. Hidalgo replicó el 24 del mismo mes, satirizándole por su desconocimiento de la importancia de los planos en arquitectura, y de la necesidad de ocurrir á los principios físico-matemáticos; y con toda claridad y extensión expuso las fórmulas y cálculos en que había basado su proyecto y seguido en su realización. El Ingeniero D. Juan N. Adorno, espontáneamente salió á terciar en la cuestión, no tanto por defender á Hidalgo como con gran acopio de razones lo hizo, cuanto para desenmascarar á Casarín é impedir que el ridículo que éste venía echando sobre su propia persona, perjudicase de algún modo á los arquitectos é ingenieros mexicanos.

En los primeros días de Octubre, aunque con oficio de 23 de Setiembre, se hizo público el informe que al Gobernador rindió la comisión nombrada por el Prefecto D. José M. Icaza, compuesta por los Sres. D. Joaquín de Heredia, arquitecto mayor de la Capital, de su Palacio Nacional y Santa Iglesia Catedral, académico de mérito y Director de Arquitectura de la Academia Nacional de San Carlos; Teniente Coronel del Cuerpo de Ingenieros y Agrimensor General, Gral. D. Pedro García Conde, Director de Ingenieros y del Colegio Militar; Comandante de Batallón y Arquitecto, D. Domingo Got, y el Arquitecto de Minería D. Antonio Villard. Todos ellos, á excepción de García Conde, opinaron que el nuevo Teatro ofrecía puntos débiles á que era necesario poner remedio. García Conde formuló voto particular contradiciendo á sus compañeros de comisión, los cuales, según expuso Hidalgo en Octubre, habían incurrido en los mismos errores que Casarín.

Tan patentes eran las aberraciones, que el Gobernador del Departamento se vió en la necesidad de nombrar una nueva comisión dictaminadora; pero la intriga, innoble desde el instante en que se encaminaba á producir una alarma peligrosa y á perjudicar al honrado y tenaz D. Francisco Arbeu, consiguió que esa segunda comisión la formaran los Sres. Nebel, Moró y Griffon, enemigos los dos últimos de Hidalgo. Necesariamente, el informe no le fué favorable, pero eso mismo le dió ocasión para confundir á sus contrarios en un mesurado y científico informe que rindió al Gobernador en 27 de Noviembre; allí demostró, con suficientes pruebas, la solidez de los cimientos que dió á la fábrica; allí hizo ver patentemente que las paredes tienen el grueso debido para asegurar su estabilidad, dado el sistema de crujiás y la resultante del espesor de los muros que lo forman; al tercer cargo que se le hacía de no haber dado solidez á la techumbre, contestó Hidalgo de un modo concluyente, demostrando á la comisión que no había entendido la fórmula de Rondelet á que habíase ajustado, y haciendo ver que el espesor de las piezas principales era superior al que esas mismas piezas tenían en los principales teatros, que enumeró, de Inglaterra, Italia y Alemania. En cuanto á que no hubiese previsto las facilidades necesarias para la salida del público en caso de incendio, dijo que "tanto en el patio del vestíbulo, como en éste y en el peristilo, cabía la concurrencia del salón entero, y que á ellos podía llegarse por cuatro escaleras independientes y por las cinco puertas del patio; ventajas que en aquel entonces sólo el teatro de Lyon en Francia poseía." Del mismo modo concluyente y científico fué desvaneciendo y contestando otros cargos de menos importancia, produciendo todo ello un extensísimo y pormenorizado informe, cuyas conclusiones el tiempo ha justificado según él lo predijo, pues sólo el escenario ha resentido desperfectos, á los que se han buscado remedios que, impidiendo su derrumbe, le han quitado toda especie de comodidad. Esta polémica, comenzada por Casarín á fines de Agosto, duró hasta fines de Diciembre, sin que, como suele suceder en todas las de su especie, ninguno de los contendientes se diera ni por vencido ni por convencido; las personalidades y las diatribas usadas por uno y otro bando, acabaron por fatigar á todo el mundo.

En tanto, las obras habían proseguido con febril actividad, pues Hidalgo deseaba dar cuanto antes la prueba práctica de la solidez y firmeza de su construcción, y de la bondad de sus planos y de las fórmulas de que se había servido; y así fué que contra los deseos de D. Francisco Arbeu para que la apertura del teatro no se verificara antes de que el Gral. Santa-Anna hubiese venido á la Capital á tomar posesión de la Presidencia, para la que acababa de ser electo, aunque aun quedaba mucho por hacer en cuanto á ornato, dispuso Hi-